

LOST IN TRANSLATION

AVENTURAS DE UN TRADUCTOR DE ALTA MONTAÑA

Luca Calvi

Prólogo de ALEX TXIKON

Introducción de ALESSANDRO GOGNA

Epílogo de ALESSANDRO FILIPPINI

Índice

PRÓLOGO. Alex Txikon	6
INTRODUCCIÓN. Alessandro Gogna	7
1. Buen inicio con BEAT KAMMERLANDER.....	10
2. JERRY MOFFAT, RON FAWCETT, CHRISTOPHE DUMAREST Y ALAIN ROBERT. Escalada alpina y urbana.....	17
3. DOUG SCOTT. Traducciones al más alto grado de dificultad	28
4. MICK FOWLER. Estilo alpino en la montaña, en la narración y en la vida....	37
5. SIMON YATES. Aventuras por doquier	46
6. Volver a los Tatras. Homenaje al mito de KUKUCZKA.....	57
7. IGOR KOLLER. No solo de peces vive el hombre	64
8. DEAN POTTER. Notas para un libro que no se escribirá	72
9. LEO HOULDING. Escalada, exploración, comunicación.....	80
10. JIM BRIDWELL. Barbara Ann y su autógrafo.....	85
11. PAUL PRITCHARD Y ANDY HOLZER. Traducir las diversas competencias	91
12. VALERIJ ROZOV. La drenalina y el cálculo infinitesimal del riesgo.....	99
13. ALEX HONNOLD, TOMMY CALDWELL Y JIM REYNOLDS. La triada de Yosemite	105
14. REINHOLD MESSNER. Un mito humano, demasiado humano	114
15. STEFAN GLOWACZ, COLIN HALEY Y MARCIN TOMASZEWSKI. La travesía del traductor: de la exploración plástica a la gran exploración	122
16. ADAM ONDRA, THOMAS HUBER Y STEPHAN SIEGRIST. Entre los juegos de escalada y <i>Metanoia</i>	130
17. TOM RANDALL, HAZEL FINDLAY Y NASIM ESHQI. De la escalada británica a la iraní	137
18. La profunda ligereza de HANSJÖRG AUER	146
19. ALEX TXIKON, CHRISTOPHE PROFIT Y KRZYSZTOF WIELICKI. Himalaya entre grandes hazañas, tragedias y otras idiomas para estudiar.....	155
20. NIRMAL NIMSDAI PURJA. Un revolucionario de carácter fuerte, envidiado, y temido	164
CONCLUSIONES AL FINAL DE UN CICLO.....	172
EPÍLOGO. Alessandro Filippini	175

Buen inicio con **BEAT KAMMERLANDER**

Hola, Luca! Escucha. ¿Te gustaría traducir en directo una velada de montañismo? Creo que lo harías muy bien.

La llamada llega, sin demasiados adornos, de la mano de Fabio Palma, un reputado escalador conocido por su trabajo en los pilares suizos de Wenden y otros enclaves. Unos años más tarde, se convertiría en presidente del afamado grupo de escaladores Ragni di Lecco. Sin embargo, en la época en que contactó conmigo, era un ingeniero nuclear apasionado por la escritura, un conocido alpinista y organizador de eventos culturales asociados al montañismo auspiciados por una cadena de tiendas de deportes de Lombardía cuyo propietario, Sergio Longoni, siempre ha ejercido de mecenas del alpinismo y la cultura de montaña.

La dinámica de colaboración con Fabio empezó casi por casualidad. Lo conocí en algún foro *on line* dedicado al mundo de la montaña, donde me habló de su intención de crear una revista con colaboraciones escritas solo por montañeros.

—Envíame esos artículos y te ayudaré a traducirlos —le dije, casi en broma.

Así, empezaron a llegar a mis manos artículos breves en alemán y esloveno, con objeto de que los tradujera. Mantuvimos un par de reuniones, charlamos otro poco y, luego, llegó esa bendita llamada telefónica.

La cuestión era que, por primera vez en mi vida, traduciría, o, mejor dicho, interpretaría en «directo» las palabras de un montañero en una velada montañera en casa de Longoni. Fabio se apresuró a aclarar ciertas cuestiones.

—Luca, cuidado, hablamos de Beat Kammerlander, el alpinista austriaco, no de Hans Kammerlander, quien escaló los ochomiles junto a Messner. Toma nota. Él es quien abrió rutas fabulosas en el macizo de Rätikon. Es el autor de las vías *WoGü*, *Silbergeier* y *Prinzip Hoffnung*.

La calma olímpica y la seguridad que emanaban de mi persona parecieron tranquilizar al bueno de Fabio, que, aunque quizá no resultara muy razonable, parecía confiar plenamente en lo que yo iba a hacer. Sin duda, tenía más fe en mí que yo mismo, dado que esta sería mi primera experiencia como interprete con un alpinista.

Hacía poco más de un par de años que había retomado mi relación con la montaña. Me movía, especialmente, en las zonas de Lecco, Valtellina y Bérghamo. Este regreso se producía tras un largo periodo de más de diez años en los que permanecí alejado del mundo de la montaña y el alpinismo debido a que había protagonizado un cambio total de carrera y de vida con mi traslado a Milán. En ese contexto, no pude evitar preguntarme si sería capaz de ofrecer un servicio a la altura de las circunstancias. Siempre he sido bastante crítico conmigo mismo, nunca me he dormido en los laureles ni me he conformado con los logros alcanzados, prefiero centrarme en los objetivos futuros.

Esos más de diez años alejado del medio me obligaron a adquirir un compromiso no solo físico, sino también mental, a interiorizar, casi desde cero, las costumbres, los hábitos y las formas de expresión propias de la gente de la montaña. Me di cuenta de que había obviado una época, casi una generación. Entre 1996 y 2006, esos años en los que, respectivamente, dejé de acudir a la montaña y regresé a ella, habían sucedido demasiadas cosas. Así, en un intento de atenuar, sobre todo ante mí mismo, esa pesada sensación de vacío y desorientación provocada por mis diez años de ausencia del medio montañero, decidí utilizar el apodo Arsenio Lupin en los foros dedicados al mundo del alpinismo, una clara referencia al conocido personaje de Maurice Leblanc, que gozó de popularidad en Italia en la década de 1970.

Y allí estaba, empujado por un cambio en mi estilo de vida y después de haber recuperado la dedicación precisa a la escalada y al senderismo en la montaña. Estaba preparado para afrontar esta ascensión.

No es casualidad que utilizara el término «ascensión» para referirme a una traducción simultánea en un escenario. Para un lingüista como yo, con una clara vocación histórico-filológica, a menudo con una inclinación hacia la antropología, apasionado y especializado en estudios relativos a las microlenguas literarias y cuestiones de identidad étnica y lingüística, la comparación más acertada para la nueva actividad a la que había decidido dedicarse tras años de docencia y publicaciones en el ámbito universitario solo puede

realizarse con el procedimiento que siguen quienes, con el fin de retomar la escalada en las paredes de los Dolomitas, se entrenan primero en una vía ferrata y continúan luego en los muros. ¡Ah!, sí, no se usa ese término, ahora decimos rocódromo. Tomo nota.

En fin, que traducir unos cuantos artículos puede equipararse a escalar unas cuantas rutas sencillas en una peña, mientras que traducir un libro equivaldría a escalar una hermosa ruta en roca. Pero si hablamos de traducir a un montañero en directo, podríamos decir que es como abrir una ruta de alpinismo que presenta un poco de todas las dificultades sobre roca, hielo y nieve que cualquiera que frecuente la montaña pueda imaginar.

Mientras conduzco hacia Bevera di Sirtori, me preparo mentalmente para el trabajo, igual que lo haría para cualquier traducción simultánea en un escenario, en una conferencia o en una reunión de negocios. Cortesía, un atisbo de sonrisa, concentración en lo que se dice al público... Mantendré la mirada fija en un punto al azar, me digo, como si mirara a la gente, cuando en realidad ni siquiera soy consciente de que hay alguien más aparte del orador y yo mismo. Repaso lo que sé de la persona cuyas palabras tendré que traducir y me embarga la suficiente seguridad como para entender el lenguaje que utilizará y, sobre todo, para ser capaz de interpretarlo cuando describa su vida.

Al repasar sus escaladas, pienso en las mías. Hace dos o tres años que he retomado la lectura sobre la montaña y, sobre todo, que he regresado a practicar el senderismo, he realizado algunas ferratas y algunas rutas clásicas sencillas en los dos macizos montañosos que me han permitido volver a ese mundo sin echar demasiado de menos los Dolomitas, a saber, la Grigna y ese fabuloso microclima que responde al nombre de Moregallo-Corni di Canzo.

Inmerso en estos bellos pensamientos, llego al punto de venta (antaño se habría llamado simplemente «tienda» o, como mucho, «grandes almacenes») y diviso de lejos a Fabio en compañía de dos personajes, uno de los cuales es fácilmente reconocible por su largo pelo rubio y sus rasgos típicos del norte de Europa.

Inmediatamente, me lo presentan y Fabio, por si acaso, repite lo que para él se convierte en su mantra de la noche.

—Luca, por favor, si alguien te pide que hables con él, asegúrate de que entienda que se trata de Beat y no de Hans Kammerlander —los dos se echan a reír y yo intento meterme en mi papel de traductor de mediana edad austero y considerado.

Entonces, empezamos a conocernos. Con el fin de causarle una buena impresión, me olvido por completo del entorno y, como si llevara a cabo labores de traducción en algún simposio en el que se usa una terminología muy específica y bastante complicada que, por lo general, no entienden sino los expertos, me empeño en preguntarle al bueno de Beat, de la mano de las formas de cortesía que he empleado en mis largos años como profesor universitario, si debo esperar que utilice un fondo léxico determinado para su conferencia. Veo que me mira sorprendido. Me doy cuenta de la metedura de pata y, de la misma, regreso a un lenguaje más «terrenal», es decir, más práctico.

—Quiero decir, Beat, ¿recuerdas a terminología específica o hablas en términos bastante generales que la mayoría de la gente podrá entender? Además de eso, ¿te gusta usar frases largas con gran cantidad de subordinadas?

Beat frunce el ceño de nuevo y me dice que no me preocupe, que le gusta hablar con sencillez y que, de todos modos, en general no le place hablar demasiado. Demuestra que ha entendido perfectamente lo que quiero preguntarle y añade que hará todo lo posible por no utilizar frases demasiado largas y confusas.

Mientras charlamos amigablemente, regresa Fabio Palma, se acerca a Beat y le pregunta, en inglés, si le parecería bien que yo hablara alemán por la noche. El bueno de Beat nos hace estallar de risa a los dos con su respuesta.

—¿Si me parece bien? Sí, claro, nos entendemos perfectamente, pero yo no hablo muy bien el alemán literario, ¡estoy acostumbrado a usar mi propio dialecto!

Nos envuelve un momento de silencio, luego, unas risas homéricas. A continuación, pasamos a un alemán mucho más «popular», repleto, como es habitual en las zonas teutonas, de abundancia de coprolalia y otras referencias más o menos vulgares a la fisiología humana.

Tras acomodarnos, por fin, en un lenguaje común, nos desplazamos por la tienda al tiempo que hablamos del programa de la velada. Sin embargo, no tarda en llegar, a la vista está que muy temprano, un fan, un asiduo a las veladas de Longoni. Obviamente, ¿cuál es su primera pregunta al estrechar la mano de Beat?

—¿Tú eres ese Kammerlander que fue a escalar con Messner?

Nuestras miradas se cruzan. Beat tiene unos ojos pequeños que no pueden ocultar la hilaridad y la risa. Lucho por contenerme. Por un momento, nos quedamos así, como suspendidos, a la espera del jui-

cio. Un segundo después, incapaces de contenernos más, estallamos en una carcajada potente y alegre. Beat no se sorprende en absoluto.

—Era extraño que nadie me hubiera preguntado todavía... —me dice al tiempo que clava sus ojos en mí.

Liberados por fin de la carga de la comprensión mutua y, sobre todo, de la febril espera a que alguien preguntara de qué Kammerlander se trataba, por fin, damos inicio a la velada.

Traducir a Beat es un placer para los amantes de la escalada: habla con calma, y se toma su tiempo para los aspectos que más aprecia de sus logros, la búsqueda de la estética y, sobre todo, de la ética, pero sin falsos fanatismos. Habla de los *parabolts* y enfatiza en su importancia para permitir el desarrollo de vías deportivas en el entorno, y explica que para él es muy importante donde escala, porque para disfrutar de una escalada es necesaria y fundamental la aportación del sitio en el que se desarrolla. La belleza del gesto debe cumular con la belleza del entorno. Para hacerlo más hermoso, se puede intentar mejorar y convertir algunas escaladas deportivas en escaladas clásicas, con la colocación de protección según se avanza.

Es entonces cuando empieza a explicar y disfruta con los detalles de su vía *Prinzip Hoffnung*, un visionario ascenso de cuarenta metros a tiro de piedra de la carretera, pero con el panorama de «su casa» como telón de fondo.

Se da cuenta de los trucos y acrobacias de traducción que tengo que inventarme al momento para poder transmitir con la mayor fidelidad posible esa avalancha de detalles sobre su escalada, la colocación de las protecciones y qué tipo de sensaciones experimentó. Al final de la presentación, se me acerca y me da un abrazo agradecido.

—Has hecho un trabajo excelente, he visto cómo la gente seguía lo que les contaba.

Beat es un chico tímido, se ruboriza con facilidad. Lo veo colorado, sonrojado, excitado y emocionado. Entre las personas que buscan un autógrafa o un *selfie*, se me acerca un joven de unos cuarenta años.

—Escucha —me dice, sin rodeos— ¿puedes preguntarle si alguna vez se ha meado encima?

Sin pensármelo dos veces, traduzco la pregunta en el mismo tono. Beat estalla en carcajadas y responde que sí, ¡faltaría más!, que le ha ocurrido en varias ocasiones tener el impulso de «rellenar» calzoncillos y pantalones. Hace hincapié en que el miedo es esencial para no cometer tonterías que podrían tener efectos desastrosos.

Me doy cuenta de que disfruto terriblemente al ejercer de intermediario entre los aficionados y un monstruo sagrado como es Beat. También escucho algún cumplido, a los que respondo azorado. En un momento dado, viene Fabio Palma acompañado de un caballero que me estrecha la mano: es Sergio Longoni, un empresario de Brianza que ha alcanzado casi el estatus de leyenda debido a que comenzó de niño con material deportivo en un cuchitril y terminó por convertirse en el fundador de Longoni Sport, primero, y de DF-Sport Specialist, después. Mecenaz y patrocinador de innumerables alpinistas y otros deportistas, siempre ha querido ofrecer a «su» gente y a «sus» clientes veladas memorables con los grandes de la montaña y, más en general, del mundo del deporte. Junto a él, conozco a su mano derecha para las actividades de promoción, Giuseppe Zamboni, conocido por todos como Pinuccio, que enseguida me pide que le de mis datos de contacto. También me los pide otra persona que en breve se convertirá en amigo y defensor del Traduttore Cortese, ese joven veneciano (se refiere a mí) que tan bien sabe traducir, como él dice, a los grandes de la vertical: se trata de Renato Frigerio, personalidad destacada del Gruppo Alpino Gamma de Lecco.

Sergio Longoni, que enseguida me invita a tutearle, nos invita a una pizzería, donde terminamos la velada de la mejor manera posible, comiendo lo justo y bebiendo mucho más. Beat se muestra muy a gusto y no deja de subrayar lo cómodo que se encuentra en Italia hablando de montaña y escalada con personas a las que, tal vez, les cueste entender sus palabras, pero que comprenden a la perfección la escalada y, por si fuera poco, son cálidas y acogedoras. Y, sobre todo, que saben «rehidratarlo» como es debido.

Así nos despedimos.

—¡Está claro que los italianos tampoco os andáis con chiquitas con la cerveza! —me dice.

—La hidratación es clave, veo que lo has disfrutado. ¿Volverás pronto? —le pregunto.

—¡Claro que sí!

A partir de ese momento, mantuve con Beat un contacto esporádico, pero sincero. En 2022, transcurridos doce años desde aquella primera vez, coincidimos en una velada en la que lo presenté y traduje, en el teatro de Vezzano, durante la celebración de un festival organizado por el ayuntamiento de Vallelaghi, con el que mantengo

una colaboración desde hace muchos años, a través de ese gran alpinista y amigo llamado Alessandro Beber.

Cuando nos reencontramos, nos abrazamos de inmediato y, acto seguido, nos abandonamos al placer de recordar los momentos hilarantes que vivimos durante aquel primer encuentro.

—Luca, si vuelves a hablar en alemán literario, te juro que haré toda la conferencia en mi dialecto, que es una mezcla de austriaco de Vorarlberg y Schwiizerdütsch.

El malvado recordaba perfectamente que le había dicho cómo, de las variantes del Hochdeutsch o alemán literario, el Schweizerdeutsch, el alemán que usan en Suiza, era el que más problemas me daba.

Conectamos desde el primer segundo gracias a un par de bromas y unas risas. Durante la velada, me encuentro con un Beat aún más atento a las explicaciones de sus actuaciones que la vez anterior y, sobre todo, muy dedicado a profundizar en la parte conceptual, sus motivaciones y sus definiciones de reto, ética, estética... para lo que recurre, entre otras cosas, a las imágenes de la ascensión de Babsi Zangerl por la vía *Prinzip Hoffnung*, con lo que demuestra, una vez más, su respeto y estima hacia los demás, los jóvenes y el futuro.

Al final de la velada y tras los clásicos autógrafos y *selfies*, siento una poderosa mano en mi espalda.

—¿Qué, ya no se bebe cerveza por aquí?

Así iniciamos una adecuada y necesaria sesión de «rehidratación», durante la cual me habla de su nueva aventura matrimonial, ya sexagenario, con una esposa joven y dos hijos aún pequeños, y, por tanto, cada vez más desesperado por disponer de tiempo para dedicarse a sus cosas.

—Por supuesto, tener dos hijos a los casi sesenta... ¿Habías decidido tener nietos por tu cuenta?

El chiste irreverente tiene ya sus años, pero aún es válido y provoca una sana carcajada, así como la necesidad de otra cerveza.

De vuelta al hotel, tras despedirnos del director, me abraza.

—Puede que sea difícil, pero somos personas que no podemos imaginar la vida sin dificultades. Nos gusta afrontarlas con el objetivo de superarlas. Al fin y al cabo, es precisamente en las ascensiones y en las situaciones más duras cuando obtenemos el mayor placer. ¿No estás de acuerdo conmigo? ¿Nos tomamos otra cerveza antes de acostarnos?

2

JERRY MOFFAT, RON FAWCETT, CHRISTOPHE DUMAREST Y ALAIN ROBERT

Escalada alpina y urbana

Para alguien como yo, que ha crecido en el Véneto profundo, concretamente en el valle del Bajo Piave, el nombre de Lecco siempre ha evocado, por un lado, cuentos de Manzoni sobre el Resegone, y, por otro, una ciudad gris de trabajadores del hierro. De niño, lo recuerdo vivamente, se asociaba a la que entonces era la capital de la provincia, Como, que aún era descrita como la capital del tejido (así como la ciudad de Alessandro Volta). Por tanto, es difícil imaginar que, Lecco pudiera tener algún atractivo para un chico del Véneto. En los años setenta del pasado siglo, en mi zona, como mucho, podía mencionarse la no tan lejana Cantù, tierra prometida para varios artesanos deseosos de dedicarse a la industria del mueble. Para el resto, estaba Milán, polo de atracción y, al mismo tiempo, terrorífico destino para los que tenían que ir a competir en la gran ciudad.

En la región del profundo Véneto donde crecí, el concepto «montaña» se traducía fácilmente: en primer lugar, se nombraba a los Dolomitas, seguidos de los Prealpes Cárnicos, para el Alto Véneto y Friuli; y los Prealpes Vicentinos y Veroneses, para el Bajo Véneto. Era difícil considerar o conocer otra cosa.

En mi caso, sin embargo, la pasión por la montaña y el senderismo, que me transmitieron mis padres, no podía separarse del amor por los libros y de una clara inclinación por aprender idiomas y dialectos. Entre los libros que constituyeron la base de mi crecimiento montaño, después de *Scalate nelle Alpi* de Giusto Gervasutti y *È buio sul ghiacciaio* (*Del Tirol al Nanga Parbat*) de Hermann Buhl, el que más me ha hecho soñar ha sido *Arrampicarsi all'Inferno* de Jack